

## ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es dárnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

## TEXTO

### LUCAS 11,14-28

«<sup>14</sup>Y **estaba expulsando un demonio** y este era *mudo*. Pero sucedió que, salido **el demonio**, habló el mudo y **las muchedumbres se admiraron**.

<sup>15</sup>Pero **algunos** de ellos dijeron: “En [nombre de] Beelzebub, el príncipe de **los demonios**, **expulsa los demonios**”.

<sup>16</sup>Pero **otros**, tentándo[lo], pedían de **él un signo** del cielo.

<sup>17</sup>Pero **él**, conociendo sus reflexiones, les dijo: “Todo reino, dividido contra sí mismo, es devastado y casa contra casa cae. <sup>18</sup>Pero si el mismo Satánás está dividido contra sí mismo, ¿cómo se sostendrá su reino?

Porque decís que en [nombre de] Beelzebub **expulso los demonios**.

<sup>19</sup>Pero si **yo** en [nombre de] Beelzebub **expulso los demonios**, ¿vuestros hijos en [nombre de] quién los **expulsan**? Por eso, ellos serán vuestros jueces.

<sup>20</sup>Pero si es en [nombre de] el dedo de Dios como **yo expulso los demonios**, entonces ha llegado hasta vosotros el reino de Dios.

<sup>21</sup>Cuando el fuerte, bien armado, protege su propia morada, sus bienes están en paz. <sup>22</sup>Pero desde que uno más fuerte que él, sobreviniendo, lo vence, le quita todas sus armas, en las que había confiado, y reparte sus despojos.

<sup>23</sup>El que no está conmigo está contra mí y el que no recoge conmigo desparrama.

<sup>24</sup>Cuando **el espíritu impuro** sale de la persona, atraviesa por lugares áridos, buscando descanso sin encontrarlo. Entonces dice: ‘Volveré a mi casa, de la que salí’. <sup>25</sup>Y, llegado, la encuentra barrida y arreglada. <sup>26</sup>Entonces, va y toma otros **siete espíritus peores** que él y, entrando, se establecen allí. Y sucede que la [situación] última de esa persona es peor que la [situación] primera”.

<sup>27</sup>Pero sucedió que, mientras **él** decía estas cosas, **una mujer**, de la muchedumbre, levantando la voz, le dijo: “¡*Dichoso* el vientre que te llevó y los senos que mamaste!”.

<sup>28</sup>Pero **él** dijo: “*Dichosos* más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan”».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (11,14-26)

➤ Los lectores se interrogan en presencia de este texto enigmático. Dispuestos a alegrarse por el poder liberador de Jesús, se quedan perplejos ante las ideas e imágenes que el Galileo opone a las calumnias y tentaciones de sus adversarios. Ya desde sus orígenes, el cristianismo *tuvo que defender* a su Maestro y luego a sus misioneros contra un ataque preciso: que practicaban la magia, que tenían en su poder fuerzas satánicas y no un poder divino. Este es uno de los elementos de este pasaje bíblico. Para los antiguos, el mundo de los demonios, como el de los ángeles, es una realidad indudable. Las discusiones entonces no se refieren a la existencia de los

demonios, sino a la manera mejor de acabar con ellos. Los evangelistas, particularmente Lucas, están convencidos de que en la persona de su Señor, que expulsaba a los demonios y hacía vacilar a los ídolos, es el reino de Dios el que está actuando. Quedar libres del Maligno y de sus tropas es uno de los dos aspectos de la salvación. El segundo es verse unidos a Dios y a su Hijo. Como por desgracia se hace esperar todavía el tiempo eufórico del final, conviene -y es esta otra convicción del texto- *redoblar la vigilancia*. Porque una liberación mal asumida corre el riesgo de dar pie a una recaída. Para evitar esa salvación efímera, los creyentes y las creyentes no tienen más que una solución: *permanecer unidos a Cristo*, estar con él. Pase lo que pase.

- V. 14: La fórmula perifrástica en imperfecto insiste en la dureza del exorcismo y quizás en el esfuerzo del exorcista. El texto, que nos había complacido con su evocación de los dones celestiales y del Espíritu santo (v. 13), nos sumerge ahora en la realidad terrena de un mundo embrujado por el Espíritu maligno (v. 14). El demonio es «mudo», «sordo» o «sordomudo». A esta reducción al silencio, responde bruscamente el don de la palabra: Jesús realiza la promesa del v. 13. La fórmula no carece de grandeza: el «mudo» «se puso a hablar» desde que fue expulsado el demonio.
- V. 15: Algunos reaccionan abiertamente. Se señala el diagnóstico de este primer grupo de adversarios: Jesús está al servicio del adversario de Dios. Si esas personas aceptan el éxito del exorcismo, lo clasifican entre los casos de magia, aunque Jesús no haya utilizado ninguna fórmula, ni haya intentado enriquecerse, ni haya pretendido plegar a Dios a su voluntad. Que se defina a Beelzebub como «el príncipe de los demonios» no significa *ipso facto* que haya que identificarlo con Satán. Como hay varios «príncipes» en Israel o en el Imperio, también puede haberlos en la corte del Diablo. La mención de Satán en el v. 18 sugiere sin embargo esta identificación.
- V. 16: En la multitud se dibuja un segundo grupo. Su intención es «tentar», es decir, coger en falta religiosa -y no moral-, a Jesús; desvelar su superchería y su inhabilitación divina. «Buscaban», es decir, «pedían» de él un signo. Desean que Dios, «desde el cielo», es decir, fuera de todo gesto de Jesús, de toda realidad tangible, exprese milagrosamente su opinión, apruebe o desaprobe a ese Jesús. Por esta loca exigencia, el segundo grupo revela la miseria de su propia fe. Al comienzo de la perícopa ulterior sobre el signo (11,29), Lucas se mostrará severo con ese grupo y expresará de este modo su rechazo de una teología de la gloria.
- V. 17: El comienzo es solemne: Él, precisamente él, puede intervenir, ya que posee un saber sobrehumano. El hombre de Dios comparte con su Señor el conocimiento de los corazones. Jesús pronuncia entonces una frase de sabiduría cuya aplicación a esta situación salta inmediatamente en el espíritu del oyente. Todo reino desgarrado, envuelto en una guerra civil, acaba devastado. Luego el evangelista prolonga la imagen: la ruina de las casas ilustra la devastación del reino.
- V. 18: Si el diablo, el autor de la división, está a su vez dividido, si la verdad enunciada en el v. 17 se aplica también a su suerte, su reino no podrá subsistir. Ni Lucas, ni Jesús, ni sus contemporáneos dudan de la realidad del diablo. La demonología se desarrolló y empezaron a circular nombres para hablar de Satán o de sus principales colaboradores. Es el mundo de los demonios, cuya derrota final se espera. Lucas, como hemos visto en el relato de las tentaciones de Jesús (4,1-13), está convencido de la magnitud del poder del demonio y de su impacto sobre los imperios de este mundo. Solamente las fuerzas de Dios podrán acabar con esta superpotencia. Bien pensadas las cosas, la lógica del texto no es tan sencilla. Los adversarios acusan a Jesús de estar al servicio del mal. Jesús replica en tres tiempos. Empieza por examinar los presupuestos de la acusación (v. 18): según el diagnóstico de sus adversarios, un poseso (Jesús) habría liberado a otro poseso (el endemoniado). Entonces, se habría organizado una guerra civil dentro del mismo campo de Satán. Por desgracia el reino del mal no está ni mucho menos dividido y la verdad es que resiste todavía. Lo sabe bien Jesús; ¡él no actúa bajo las órdenes del príncipe de los demonios! Aquí, en el v. 18b, Lucas repite la acusación. Antes de llegar a la afirmación decisiva que constituirá el tercer tiempo (actúa en nombre de Dios, v. 20), Jesús evocará a los exorcistas judíos. Será ese el segundo tiempo (v. 19).
- V. 19: Este segundo argumento es más directamente certero que el primero. Los cristianos que transmiten esta sentencia admiten el valor de los exorcismos judíos. Piden simplemente que se reconozcan también los de Jesús (y los suyos).

- El v. 20 piensa en el pasado y en el presente. Contiene una frase importante, que debe provenir del Jesús histórico. Refleja la conciencia que él tenía de su ministerio y de la relación que este guardaba con el fin de los tiempos. Jesús se implica expresamente («yo echo») en un discurso sobre el reino de Dios. Los exorcismos de Jesús son los signos de la presencia del Reino. El verbo utilizado significa en aquella época «alcanzar», «llegar», «estar ahí». La victoria de Jesús sobre los demonios coincide con esta irrupción del Reino. El Reino llega de verdad (por tanto, hace algo más que «acercarse», Mc 1,15), pero solamente para aquellos que lo acogen. El dedo recuerda la habilidad; la mano, el poder. Aquí, con la palabra «dedo», Lucas insiste en la mediación, en la instrumentalidad, en la eficacia y la habilidad. Con su dedo Dios dibujó a Jesús, lo habilitó, lo señaló y, sin duda, lo invistió de poder. Se comprende que el «dedo» lucano se haya convertido en el «Espíritu» en Mateo. Desde que resonó la palabra de Dios en Jesús de Nazaret, el Reino de Dios está misteriosamente presente entre los creyentes (Lc 17,20-21), y se opone eficazmente al reinado de Satán, expulsado del cielo (Lc 10,18), pero todavía vigoroso en la tierra. La presencia del Reino no elimina en el presente el sufrimiento ni la muerte, pero les confiere otra significación. Ha comenzado la renovación escatológica.
- Vv. 21-22: El contraste entre un hombre fuerte y un personaje más fuerte todavía parece inscrito en la Escritura. Is 49,24-26 juega con esta situación polémica: Israel se ve oprimido por un adversario poderoso, pero puede esperar en su liberador divino, más poderoso todavía. En tiempos de los evangelios, este adversario tiene que ser Satán, que ocupa el mundo, el país y los corazones. Está preparado, bien equipado, y hasta armado hasta los dientes. Así puede proteger y «guardar» su palacio (literalmente «patio»). Sus bienes están seguros, literalmente «en paz». El hombre fuerte representa al adversario de los creyentes. El más fuerte, es decir el liberador divino, sobreviene y derriba al hombre fuerte, es decir, al Maligno. Le quita «todas sus armas». La confianza en las armas en vez de la confianza en Dios es un tema veterotestamentario. El fallo de Satán consiste precisamente en haber puesto mal su confianza, es decir, en confiar en sí mismo. «Sus bienes» son llamados ahora «sus despojos». Ha comenzado *la guerra mesiánica*. Le toca ahora a cada uno escoger su campo.
- V. 23: Es indispensable alistarse en las filas de Cristo vencedor. Cualquier momento de tibieza correspondería a una hostilidad; cualquier falta de adhesión, a una apostasía. Invirtiendo la fórmula caritativa dirigida al oyente bien intencionado e inserta en otro contexto (9,49-50), esta fórmula exigente tiene su razón de ser. Amenaza a los tibios e indecisos: «El que no está conmigo, está contra mí». La salvación escatológica se compara muchas veces con las cosechas o con una recogida de frutos. Los apóstoles tienen que colaborar «conmigo», lo mismo que los fieles tienen que estar «conmigo». La presencia al lado de Cristo, en todas las circunstancias, es indispensable y hasta vital.
- Vv. 24-26: Estos versículos atestiguan que Jesús compartía las creencias de su tiempo. El riesgo de posesión diabólica, el exorcismo posible, la amenaza de los espíritus impuros vagabundos, la comparación del ser humano con una casa, la amenaza terrible de coalición de los demonios. Todo esto formaba parte de su horizonte cultural y religioso, como un bien común a los judíos y a los griegos de la época. ¿Qué significa exactamente este texto (vv. 24-26)? Afirma que toda liberación tiene sus riesgos y que el vacío que constituye la partida del demonio, si proporciona al principio un alivio agradable, puede estropearse luego si vuelve el mal con toda su fuerza. Si esto se produce, es decir, si se lleva a cabo una nueva toma de posesión, la suerte del poseso se hace entonces peor. No basta con estar libre del demonio. Hay que estar además habitado por Cristo. Sigamos el itinerario del demonio. No debió de salir muy contento del poseso sordomudo. Concebido como un ser vivo y con voluntad, busca una nueva morada, un lugar de descanso. El desierto parece ser el lugar predilecto para este tipo de demonios. Es allí donde busca en vano un nuevo asilo. Al considerar su domicilio anterior como «su casa», no se le ocurre más que volver a ella. Es el interior del ser humano el que se compara aquí con una casa. «Limpiado», «barrido», evoca el barrido del suelo, que ahora queda limpio. Los Padres de la Iglesia pensarán en la penitencia, que prepara para la visita del Espíritu santo. «Arreglado» incluye dos connotaciones, el orden y la belleza. La casa está limpia, bien arreglada. Como la unión hace la fuerza, el demonio prefiere compartir la vivienda mejor que quedarse fuera. Sus colegas son muchos y poderosos («otros siete espíritus peores que él»). Se piensa en el endemoniado poseído por el demonio «Legión» (8,30).

SEGUNDA UNIDAD (11,27-28)

- Estos dos versículos constituyen el centro de una composición que comienza con una enseñanza a los discípulos (11,1-13) y termina con un ataque de los fariseos (11,37-54). Destinados a la gente indecisa, prometen la verdadera felicidad a aquellas y aquellos que ofrecen una buena acogida al Dios que les habla. En un cuadro que apenas se esboza, un breve diálogo *concede al Maestro la última palabra*. Cada una de las frases que pronuncian los actores está constituida por una bienaventuranza bien equilibrada.
- Una palabra vaga, «estas cosas», «esto», abarca las diversas réplicas que Jesús acaba de pronunciar desde el v. 17. Si las gentes habían admirado el exorcismo (v. 14), la mujer le felicita por sus palabras. Esta mujer perdida entre la gente recuerda Gn 49,25, versículo que evoca las bendiciones de los senos y del vientre maternos: un ejemplo: «Benditos sean los senos que mamaste y el vientre en que reposaste». Esta sentencia del Targum palestinese de Gn 49,25 y la de Lc 11,27 dependen de una misma tradición. La mujer pudo escuchar esta paráfrasis de Gn 49,25 en un servicio sinagoga. La interlocutora de Jesús felicita al hijo tanto, si no más, que a su madre. Son también numerosos los testimonios judíos que designan la maternidad como la dignidad y la razón de ser de una mujer. Nuestra oyente anónima piensa lo mismo. La felicidad que celebra es la de un privilegio: poder esperar y luego amamentar a un niño. Y cuando este tiene éxito en la vida, ¿no es legítimo alegrarse por ello? Las sentencias opuestas horrorizan y no pueden aplicarse más que a las peores calamidades: la muerte de Jesús y el fin de Jerusalén: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que se dirá: ¡Dichosas las mujeres estériles y las que no engendraron ni amamantarón!» (23,28-29). Y: «Desgraciadas serán las que estén encintas y las que amamenten en aquellos días, porque habrá una gran calamidad en el país y cólera contra este pueblo» (21,23).
- «Pero él»: el «él» tiene una connotación solemne y el «pero» un valor adversativo. Expresa en todo caso una reserva, bien porque el locutor quiere oponer otra verdad a la que acaba de oír, bien porque intenta corregir el enunciado anterior. «Ahora bien», «pues bien», «evidentemente», «sin duda», «mejor dicho», «más bien», «pero no» son traducciones posibles de la partícula siguiente, *menoun*. La reserva es ante todo un gesto de modestia: tú me felicitas, ¡estás bien!; pero hablemos de otra cosa. Esa otra cosa es una felicidad de otro orden: la de escuchar una palabra que abre a otra vida distinta del éxito familiar. En la óptica de Lucas, esa otra realidad afecta a la mujer más que a Jesús: ella no está lejos de formar parte de esos bienaventurados. Quizás su fe no es todavía perfecta, pero en todo caso se opone al endurecimiento de los adversarios (v. 15) y de los escépticos (v. 16). Tú me has felicitado, le responde Jesús; soy yo el que tengo que felicitarte, a ti y a todos los que escuchan. Conviene fijarse en el plural y, con él, en el elemento eclesial. El pueblo de Dios está constituido y lo estará siempre por su relación con la palabra de Dios. Lo que vale para el pueblo vale también para cada una y cada uno, para el mismo Jesús y para María, y para aquella mujer anónima. El honor supremo de una mujer no es por tanto la maternidad, sino *la existencia creyente* ante Dios.  
Jesús ha recordado la exigencia fundamental de la escucha, la prioridad de la palabra de Dios (v. 28) sobre los beneficios de la creación (v. 27). Sin embargo, esta receptividad que contrasta con la obra más bella no subsiste por sí sola. Para Lucas, la escucha de la palabra precede e implica un «obrar» cristiano de un nuevo tipo. El texto lo llama aquí «guardar». Guardar la palabra es hacerla crecer, hacerla producir, mantenerla viva. He aquí el campo ético de la perseverancia. El complemento obligado de la fe. La encarnación de una palabra, tan concreta como un embarazo y un alumbramiento.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?